

tanto: ¿Qué relación hay entre el orgullo y la borrachera, la impudicia y la pasión del juego? No se sabe responder á esto: ¿Quién pidió jamás lógica á la vanidad, á la obstinación y al orgullo? En ciertas personas histéricas, víctimas de la más tonta especie de orgullo, se puede observar que está su amor propio tanto más satisfecho, cuanto más imposibilitadas se hallan de comprender sus saltos, sus contradicciones y sus necedades las personas sensatas.

Pero el orgullo es siempre así, aun cuando no se muestre tan pueril ó tan maligno. Aun pudiendo renegar de sí mismo y fingir, para realizar con más seguridad sus designios mediante una falsa humildad, bajezas y adulaciones, es también capaz de interesarse en cosas que en apariencia le son extrañas ú hostiles. Por eso el poeta pagano se hace con asombro estas reflexiones: «¡Oh iniquidad! Ahora advierto que era una criminal, y yo un desgraciado. Muero de vergüenza y me abraso de amor; siento, conozco y veo que voy á perderme, y no se qué hacer». ⁽¹⁾ La respuesta podría parecerles imposible á los paganos; pero quien mira su alma á la luz que nos ilumina á nosotros los cristianos, resolverá fácilmente el problema, como lo hace una ilustre poetisa en los términos siguientes: «El excesivo amor, desde la primera madre hasta el último hijo, dió siempre á nuestro enemigo armas para dañarnos». ⁽²⁾

Nadie comprende cómo un noble joven, de talento, pueda perder el mejor tiempo de su vida y sus energías en la sociedad de vulgares libertinos, ni encontrar agradables sus chistes groseros. Parece contra naturaleza que quien acaba de confesar con horror su intemperancia, vuelva á beber unos minutos después. Encontramos inexplicable que aquel, á quien la mentira ó la fanfarronería atrajeron ya muchas veces el sonrojo y la confusión, no pueda deshacerse de ellas. Y, sin embargo, no es difícil de comprender todo eso. Si no se mezclara el orgullo, á ninguno de esos des-

(1) Terent., *Eunuch.*, I, 1, 25 y sig.

(2) Victoria Colonna, *Sonetos*, II, 49.

graciados costaría mucho libertarse del pecado; pero aquél es el agente estúpido que sugiere al joven el deseo de darse importancia batiéndose y bebiendo, y de mostrar la fuerza y la independencia de su edad cometiendo villanías, ya que no tiene aun la madurez necesaria para actos verdaderamente serios. Por orgullo se da aires de librepensador, aunque él mismo desprecie su charla insensata; por orgullo quebranta los mandamientos de Dios, de la Iglesia y de la sociedad; por orgullo compromete su porvenir, su vida y la ajena; por orgullo se mezcla con la sociedad más peligrosa y repulsiva, tan sólo para poder decir que también él forma parte de ella, que no tiene miedo, que no se deja persuadir por nada, para darse tono con el pecado.

Por eso dice San Agustín con mucha verdad: «Un poco de levadura corrompe toda la pasta. Se dijo esto del contagio que produce el orgullo. Desde el pecado del primer hombre, que ya cayó por orgullo, está saturado de ese mismo orgullo nuestro espíritu, y, por consiguiente, se ensoberbece, de manera que deja libremente producirse los pecados propios y los ajenos, acabando por juzgarse muy honrado por delinquir». ⁽¹⁾

En todo lo que precede hemos podido notar, por terribles ejemplos, que las cosas suceden verdaderamente así. Nuestros doctos escritores humanistas consideran, como un hecho extraordinario y como prueba de disposiciones geniales en un hombre, la tendencia á juzgar las infracciones de la ley divina como su derecho más genuino y á crear él mismo á su antojo sus propias leyes. ⁽²⁾ Pero á esto se viene forzosamente á parar, cuando se deja al orgullo seguir constantemente su camino. Su naturaleza es la presunción; su fin, alcanzar un honor que no le pertenece. Todos los medios le parecen buenos para conseguir su objeto; es por lo tanto inevitable que el hombre orgulloso, si no retrocede, choque desde luego con las leyes de Dios

(1) S. Agustín, *C. epist. Parmen.*, 3, 2, 5.

(2) V III, *Conf.* XI.

que limitan nuestra acción, y por fin con Dios mismo que está más allá de esas limitaciones. ⁽¹⁾

7. El orgullo va hasta la idolatría personal y hasta la exclusión de Dios.—Por lo tanto, no habrá de maravillarnos que no espante al hombre orgulloso la idea de sustituir á Dios; antes bien le atrae con singular encanto. La historia suministra ejemplos tan increíbles como numerosos.

Se comprende mejor ese extravío en los que, dueños del poder terreno, corrompidos por aduladores engañosos, incurren en la demencia de creerse superiores en naturaleza á los hombres. Los aduladores de un hipócrita infame, de quien recibieron su religión los drusos, ⁽²⁾ ejercieron tan detestable influjo en el fatimita Hakim, á quien los historiadores atribuyen la gloria de haber sido un Nerón por toda clase de iniquidades, ⁽³⁾ que se hacía tributar en las calles honores divinos y saludar en estos términos: «¡Salud á ti, el único que das la vida y la muerte!» ⁽⁴⁾ El fanático perseguidor de los cristianos Yezdegerdo II, ⁽⁵⁾ el pérfido y cruel Tolomeo Epifanes, no encontraban que fuera aberración suficiente la costumbre de sus antepasados los reyes persas ⁽⁶⁾ y egipcios ⁽⁷⁾ de hacerse considerar como seres divinos; uno y otro exigían para sí la adoración que á Dios se tributa. Tolomeo se hizo en vida construir templos, hizo que se celebrasen fiestas en su honor, y tenía á su servicio sacerdotes que llevasen su estatua en las procesiones. ⁽⁸⁾ Y es curioso, que precisamente los que más á menudo incurren en esa aberración, son los peores tiranos, verdaderas parodias de príncipes, tales como Calígu-

(1) Stc. Tomás, I, 2, q. 84, a. 2; 2, 2, q. 132, a. 4; 162, a. 1.

(2) Wetzler und Weltes, *Kirchenlexikon*, (2) III, 2082; (1) III, 312 y sig.

(3) Hammer-Purgstall, *Gemaldesaal de Lebensreibungen grosser moslimischer Herrscher*, III, 227 y sig.

(4) Weil, *Gesch. des islamitischen Völker*, 321.

(5) Spiegel, *Eran. Alterthumskunde*, III, 600, 609 y sig.

(6) (Aristót.), *De mundo*, c. 6 (Par. III, 637, 29). Spiegel, *loc. cit.*, III, 601. Esther, I, 19; VIII, 8. Dan., VI, 8, 12, 15. Diodor., XVII, 30, 6.

(7) Diodor., I, 90, 3.

(8) Uhlemann, *Ägyptische Alterthumskunde*, II, 51.

la, ⁽¹⁾ Domiciano, ⁽²⁾ Herodes Agrippa I, ⁽³⁾ Diocleciano, ⁽⁴⁾ Cómmodo, ⁽⁵⁾ que se hacían ofrecer sacrificios como un dios, Heliogábalo, quien, no sólo quería ser un dios semejante á los otros, sino que aspiraba á ser el único dios, con exclusión de los demás. ⁽⁶⁾ En esta serie hay que citar á Nabucodonosor, ⁽⁷⁾ á Alejandro ⁽⁸⁾ y á César, ⁽⁶⁾ como prueba de que también las grandes inteligencias pueden ser magnates del orgullo.

Pero el hombre no necesita un trono regio ó extraordinarias aptitudes de espíritu para complacerse en la creencia de que es su propio rey y señor, que es el único dios ante el cual deben todos doblar la rodilla; por el contrario, cuanto más miserable es, tanto más gusta de elevarse. No hay que buscar siempre en la cumbre de la sociedad los tiranos de peor especie; frecuentemente se los encuentra en más bajas capas sociales, en las oficinas y en los cuerpos de guardia, en las casas y en las habitaciones de los criados. Precisamente los más pequeños son los que más fácilmente sucumben á la tentación de decir: Me elevaré hasta el cielo; pondré mi trono sobre las estrellas. Subiré más allá de las nubes, seré semejante á Dios. ⁽¹⁰⁾

Á ese peligro está expuesto quien tenga un concepto excesivo del propio saber, junto con el orgullo de la virtud, que deben considerarse como la más dañina de las enfermedades humanas. Una de las más nobles, y por lo tanto de las más irresistibles tendencias del hombre, es la sed de saber: poderosa también es en verdad la concupiscencia, una vez desordenada, y héroes de hierro se pliegan á su

(1) Sueton., *Caligula*, 22.

(2) Sueton., *Domitian.*, 13.

(3) Act. Ap., XII, 22. Joseph., *Antiquit.*, XIX, 8, 2.

(4) Prosper., *Chronicon* (Venet., 1744), I, 419. Eutropius, 9, 26. Casiodor., *Chronicon* (Bibl. max. PP., XI, 1364, h).

(5) Æl. Lampridius, *Commod.*, 9.

(6) Æl. Lampridius, *Heliogab.*, 6.

(7) Judith., III, 13, V, 29; VI, 2. Dan., IV, 27; V, 20.

(8) Arrian., VII, 20, 1; XXIX, 3.

(9) Appian., *Bell. civ.*, II, 106. Sueton., *Cæsar*, 76.

(10) Is., XIV, 13, 14.

influjo, como las yerbas bajo los cascos de los caballos; sin embargo, no podría ser considerada su fuerza como igual á la sed de saber, porque ésta la tenemos indeleble en el espíritu por obra de la naturaleza. ⁽¹⁾ Si alguna vez se extravía, la caída es tanto más cierta, cuanto más estrechamente se ha adherido á la parte más noble de nuestro ser. Siempre es proporcional á la importancia de los dones que recibimos el peligro de caer en el orgullo y lo funesto del abuso.

Pero no se crea que únicamente los sabios están expuestos á ese peligro. Dios otorgó á cada hombre un don tan excelente, que para todos sin excepción constituye un grave riesgo la tentación de rebelarse contra Él; nos referimos al libre arbitrio. Ser dueño de su propia suerte, poder convertirse en creador de la propia perfección y felicidad, es un don tan poderoso y sublime, que en realidad puede considerarse como un reflejo del poder divino. Si el hombre fuese capaz de hacer uso de su libertad independientemente y por sí solo, su perfección sería casi infinita y él mismo podría llamarse un ser divino. No faltaba, pues, más que el hombre, dotado como estaba de tanto poder, se dejase inducir á hacer uso de su fuerza, prescindiendo de todo precepto y dirección superior, y aspirase por sí solo á la perfección, para que cometiese el crimen de querer igualarse al mismo Dios. ⁽²⁾

Y bien; ese crimen fué cometido por los hombres. Cuentan del rey Salmoneo los antiguos, que pretendía con toda seriedad hacer creer que tenía á sus órdenes el trueno y el rayo. ⁽³⁾ Algunas curaciones afortunadas habían quitado el juicio de tal modo al médico Menecrates, que se creía Júpiter. Usaba trajes semejantes á los del dios, y obligaba á los infelices por él salvados de la muerte á que formasen su corte celestial, vestidos como Hércules y Apo-

(1) Aristót., *Metaph.*, 1, 1, 1.

(2) S. Agustín, *Enchirid.*, XIII, 15; *Civ. Dei*, 14, 13, 1; *De vera relig.*, 13, 26; *Gen. ad lit.*, 11, 30, 39. Sto. Tomás, 2, 2, q. 163, a. 2.

(3) Apollodor., 1, 9, 7. Virgil., *Æn.*, VI, 585.

lo, en recompensa de su curación. ⁽¹⁾ Hasta dirigió al rey Agesilao una carta, en que hablaba como pudiera hacerlo Júpiter. ⁽²⁾ Apión, el sabio, ó mejor dicho, el erudito, á quien Tiberio llamaba con ironía el *cymbalum mundi* y Plinio la trompeta de sus propias alabanzas, casi llegó á igualarle, pues estaba tan infatuado de sí mismo, que felicitó á su ciudad natal, Alejandría, por el honor de que hubiese visto la luz en ella, y aseguraba la inmortalidad á cualquiera que tuviese algunas líneas escritas de su mano. ⁽³⁾

Por desgracia, no se limitan á los tiempos antiguos y paganos esos ejemplos de locura. Quien desee convencerse de que tales aberraciones deben ser tomadas á la letra, no tiene más que dirigirse á Rockford, en el Illinois. Allí encontrará al fundador de una religión nueva, Jorge Jacobo Schweinfurth, quien se hace pasar por un nuevo Salvador crucificado y resucitado, y dice de sí mismo con la mayor gravedad: «Yo soy dios; tengo ilimitado poder. Sé hacer milagros, pero rara vez los hago, porque puedo sin ellos conducir á los hombres al conocimiento de la verdad». ⁽⁴⁾ Un escritor dice de Bilderdijk, el más celebrado de los modernos poetas neerlandeses: «Para él la humanidad no tenía más que un centro, y ese centro era un *yo*, una *voluntad*, y ese *yo* era el propio Bilderdijk». ⁽⁵⁾

Lo mismo podría decirse de Constantino y de Napoleón I, y de muchos otros de nuestros grandes y pequeños personajes. El mismo espíritu de vértigo condujo también á Schopenhauer, Feuerbach, Proudhon, Renán, Carducci, Rapisardi y tantos otros poetas y pensadores modernos á

(1) Bato Sinop., *Fragm. Ephes.*, 1. Hegesander Delph., *Fragm.*, V (Müller, *Hist. Græc.*, IV, 348, 414).

(2) Plutarco, *Agesil.*, 21, 7. *Lacon. apophth.*, 59; *Imperat. apophth. Ag.*, 5. *Ælian.*, *Var.*, 12, 51.

(3) Plinio, I, 20. Aulo-Gell., V, 14.

(4) E. P. Evans (*Allg. Zeitung*, 1889, *Beil.* 328). Gottlieb, *Christ oder Antichrist*, (2) II, 663 y sig.

(5) Jonckbloet, *Gesch. des niederlænd. Literat.* (Deutsch von Berg, II, 596).

hablar de Dios con lástima, con desprecio, con blasfemia, y á sustituirle con el hombre como evolución de la misma divinidad. ⁽¹⁾ De ese mismo sentimiento nació la más que blasfema teología de Sallet: «Créate á capricho un dios, y hónrale mientras que le encuentres digno de ti; pero si llega á desagradarte ó no satisface tus aspiraciones, destrúyete». ⁽²⁾

En la misma fuente bebió Goethe estas horribles frases: «Únicamente el hombre es capaz de hacer lo imposible. ⁽³⁾ No conozco en la tierra nada tan mezquino como vuestros dioses. Los alimentáis con víctimas inmoladas y con las súplicas de quienes los imploran. ¡Ah! si fuese menos numerosa la raza de los niños y de los mendigos, que se nutren de vanas esperanzas, ¿qué sería de vosotros?» ⁽⁴⁾

Admitimos desde luego que semejante orgullo sea una excepción rara entre los hombres; pero aunque se den más benignos nombres á otros fenómenos que de él proceden, y más fácilmente se los excuse, ¿será esa una razón para que dejen de ser lo mismo que él? Con relación al sexo débil, se les llama nerviosidad é histerismo, y en el fuerte, energía, inflexible fuerza de voluntad, conciencia de sí mismo. Nada tenemos que decir contra esas denominaciones; pero que ninguno se deje engañar acerca de la verdad, de que cuanto con ellas se trata de hacer pasar por bueno, deriva del más completo egoísmo, su pariente próximo, y en todo caso nos llevaría directamente hacia él.

Quien conozca el mundo, no podrá negar que el amor propio es capaz de un progreso que llega hasta el desprecio y apostasía de Dios; ⁽⁵⁾ y quien se conozca á sí mismo, no dudará ciertamente de que muchas de sus faltas personales le recuerdan las palabras: Seréis como dioses. Verdad es que siempre se podrá decir: ¡Ah! todo ello no era más que un sentimiento excesivo de mi valer perso-

(1) Sallet, *Ecce homo* (*Ges. Gedichte*, 293).

(2) Sallet, *Ecce homo* (*Ges. Gedichte*, 293).

(3) Goethe, *Das Göttliche* (*Werke*, Stuttgart, 1853), II, 68.

(4) Goethe, *Prometheus* (*ibid.*, II, 62 y sig.).

(5) S. Agustín, *Civ. Dei*, 14, 28.

nal, un poco de obstinación. Tanto mejor si no fué más que eso; y el no haber sido más, hay que atribuirlo á benigna protección de Dios, pues bien sabemos las consecuencias malas, y muy malas, que puede tener el amor propio.

Por eso dice Platón con profunda verdad: Hay un mal, y el mayor de todos, que es innato en los hombres; todos se lo perdonan fácilmente y nadie sabe resolverse á arrojarlo de sí: es el amor propio. Los hombres se persuaden de que es legítimo, y de que no debe ser de otra manera. Pero su exceso es siempre motivo de caer en el pecado, ya que el amor nos ciega respecto de lo que amamos; por eso aquel á quien cegó el amor propio, cree deber preferir su ventaja personal á lo justo y á lo bueno. De ese modo se hace imposible juzgar acertadamente, y, sin embargo, quien aspira á ser justo y bueno, nunca debería proponerse su provecho personal, sino la justicia, sin tener en cuenta el que le fuese útil á él ó á los demás. Pero en eso precisamente se encuentra la verdadera causa del pecado; por eso nos complacemos en creer que lo sabemos todo, aunque nada sepamos; por eso impedimos á los demás que cumplan lo que nosotros mismos no comprendemos, y por eso inducimos á nuestro prójimo al pecado. Es por lo tanto un deber de todo hombre el guardarse con todas sus fuerzas del amor propio. ⁽¹⁾ Así habla el filósofo pagano.

8. Cómo el pecado puede llegar á ser infinito y eterno.—Si, pues, el amor propio mal entendido es la verdadera causa de todos los pecados, comprendemos también la más terrible de las verdades, la de que el pecado, con sus consecuencias, puede llegar á ser infinito y eterno. No es el hecho exterior lo que decide de la malicia del pecado, ni conforme al objeto del pecado se valúa la gravedad de la falta. Con mucha frecuencia el medio es indiferente al pecador, y recurrirá á cualquiera otro si lo juzga útil; pero sea que manifieste sus malas intenciones con unos actos ó con otros, hay algo que permanecerá siempre lo mismo,

(1) Platón, *Leg.*, 5, 4, p. 731, e.—732 b.

si el hombre no se reforma radicalmente: es que la mala voluntad interior decide, y hace que cada mala acción, grande ó pequeña, sea pecado. Y lo que pervierte á la voluntad es el amor propio, el orgullo del corazón.

Admitido eso, fácilmente se advierte cuán erróneo es afirmar la naturaleza transitoria del mal, como hace Fichte el joven; ⁽¹⁾ al hablar así, demuestra que desconoce la manera de proceder de los hombres. Cuando se hace el mal, no se piensa ordinariamente más que en el acto de breve duración que se ejecuta; pero con frecuencia el pecado no está en eso, siendo á veces indiferente al acto externo. Por eso ocurre que un mismo acto sea lícito á unos, prohibido á otros, que en unos casos sea una falta leve, en otros un crimen.

La pecabilidad no está especialmente en el acto, sino en el corazón; por lo cual, siendo la intención mala, una cosa, buena en sí misma, se convierte en mala.

El acto pasa, pero la intención permanece. Las palabras seductoras, las acciones vergonzosas, desaparecen como el humo en el aire; el mal pensamiento no deja huellas, como tampoco el pájaro que vuela, pero no por eso desaparece del mundo el pecado. No hablamos aquí de los efectos del pecado; la historia dice qué amargos frutos puede producir, años después de pronunciada, una sola palabra traidora, mentirosa, corruptora de las costumbres; pero aquí se trata de lo que hace pecaminoso al acto ó al pensamiento, es decir, de la voluntad mala y del orgullo rebelde; y en este concepto, el pecado tiene, como la cizaña, una vida tenaz. La mala acción se hace en poco tiempo, y pasa pronto; pero lo que la convierte en pecado, el orgullo y la mala voluntad animada por él, existían antes que ella, y quedarán mucho tiempo después que aquélla haya desaparecido. Únicamente pasó la acción, el pecado quedó; aquélla tal vez fué ya hace mucho tiempo olvidada por todos, y hasta por quien la cometió, pero el pecado no tuvo perdón.

(1) J. H. Fichte, *Ethik*, II, 1, 151.

Según eso, quien una vez pecó ¿no tiene ya esperanza de ser perdonado? Sería un error creerlo, y nunca podríamos insistir bastante en este punto. No sólo puede esperar el perdón, sino la rehabilitación completa; le basta alejar de su corazón la causa del pecado, humillar su orgullo, y todo, en lo que de él depende, estará de nuevo en orden. Pero sin la sumisión á Dios, todo otro medio sería inútil.

Hemos tocado con esto el punto más sensible. ¡Sumisión! ¡Humillación! Palabras intolerables. Sí, de no ser el orgullo á quien se impusiera ese deber; mas ¿puede el orgullo suicidarse? Se comprende la rebelión que la palabra arrepentimiento suscita en el espíritu. «Pero, aunque me fuese posible arrepentirme, obtener gracia, y volver á mi primitivo estado, ¿no haría mi elevada condición renacer los pensamientos altivos? ¡Cuán pronto me retractaría de lo que hubiese jurado una fingida sumisión! Una vez libre de mis males, revocaría como nulos unos votos arrancados por la violencia y pronunciados en el dolor. Jamás podrá nacer una reconciliación sincera donde tan profundamente penetran las raíces de un odio mortal. Eso me conduciría tan sólo á una infidelidad mayor y á una caída más funesta; sería pagar á demasiado precio un breve indulto!» ⁽¹⁾ ¡Humillarme yo! ¡Entregarme yo mismo! ¡No! Quedo siendo lo que soy, y así quiero quedar eternamente. Si Dios no se conforma, que me aniquile. ¡Pero arrojarme yo cobardemente á sus pies, reconocer una ley superior á mí, jamás lo haré! Tal es el lenguaje del orgullo.

«¡No! Por el cielo en que reside y gobierna, por el abismo, por las innumerables estrellas, por la vida que poseo con él. ¡No! Reconozco en él un vencedor, no un soberano. Tendrá el homenaje de todas las criaturas, pero no el mío. Seguiré luchando con él, como en otro tiempo lo hice allá en el cielo. Por toda la eternidad, en el abismo insondable del infierno, en toda la duración de las edades sin fin, no cesaré de combatirle. Estrella por estrella, planeta por planeta, universo por universo, todo vacilará en dudosa

(1) Milton, *Paradise lost*, IV, 81 y sig., 93 y sig.